Son tantas las dificultades y tantos los factores que se tienen que alinear para que la igualdad de oportunidades se abra paso hasta los barrios más humildes, que el estatus social de las familias sigue siendo el mejor predictor del futuro de sus hijos. Pero, a veces, las cosas funcionan. Reconstruimos las historias de José Santos y Malak Jaber Lafriakh a través de quienes los ayudaron a llegar, ni más ni menos, a donde querían ir.

EN EL PRIMER trimestre del curso en que José Santos se cambió al instituto público Séneca de Córdoba suspendió cinco asignaturas. Se había trasladado allí con la esperanza de alcanzar un nivel académico más alto que en el instituto de su barrio —uno de los más pobres de España, el Sector Sur—, y lograr así su objetivo de estudiar Periodismo en la Universidad. Pero después de los primeros tres meses, esos cinco suspensos —a él, que nunca había suspendido nada— le desfondaron, porque además no le estaba siendo nada fácil encajar; era el único gitano matriculado en el centro. Así que empezó a plantearse seriamente volver a su barrio tal y como, de hecho, le había recomendado su tutor al poco de llegar. Pero cuando José y sus padres fueron a hablar con Miguel Santiago, el orientador de la Fundación Secretariado Gitano que le había estado ayudando en sus estudios, este le dijo: "¿Te han quedado solo cinco? Enhorabuena, no está nada mal. ¿Tú sabes lo difícil que es lo que tú has hecho? Ya verás como el trimestre que viene te va mejor". José aguantó y, efectivamente, mejoró. Seguramente la vida de este joven periodista de 25 años sería hoy distinta si en aquel momento hubiera tomado otra decisión.

Algo parecido sucedió el día en que Manuel López, profesor de la FP de grado medio de Administración en la Fundación Tomillo de Madrid, paró un momento a una de sus alumnas, Malak Jaber Lafriakh, antes de entrar al aula: "No estás bien, vete por favor a ver a Bárbara [Muñoz García, la orientadora]". Cuando la joven se preocupó por la clase que estaba a punto de perder, añadió: "Olvídate de eso. Ya la recuperaremos cuando sea. Ve". En el despacho, la chica de 18 años por fin se desahogó: su padre, su referente, el hombre que un día llegó a España en patera desde Marruecos y logró sacar adelante a una familia de 12 hijos, acababa de morir. Y lo estaba pasando muy mal. La orientadora comenzó entonces un trabajo que, junto al de sus compañeros y al esfuerzo de la propia Malak, mantuvo a la muchacha en el camino. No solo se sacó aquella FP, sino después otra más. Ha trabajado en hostelería, como auxiliar de enfermería y asistente personal de una familia adinerada. Hoy tiene 29 años.

Son tantas las dificultades, tantos los factores que se tienen que alinear para que la igualdad de oportunidades se abra paso hasta los barrios más humildes, que el estatus social de las familias sigue siendo el mejor predictor del futuro de sus hijos. Ni Malak ni José proceden de los márgenes más extremos de la exclusión social, pero precisamente por eso sus historias ilustran tan bien toda la red de apoyo familiar e institucional, todas las personas que hacen falta para romper las barreras de prejuicios y de falta de expectativas, no ya para alcanzar una vida y un trabajo determinados, sino para poder tener la vida y el trabajo que elijan y no los que acepten pensando que no les queda más remedio.

"Yo vengo de una familia gitana, humilde. He crecido en el Sector Sur de Córdoba, muy pegado al polígono Guadalquivir y a los vikingos", cuenta José Santos. "Allí el éxito educativo es muy bajo, muy pocos obtienen el graduado básico y muchos menos llegamos a la Universidad. En el colegio de mi barrio, donde la mayoría de mis compañeros eran gitanos, estuve muy bien. Pero al llegar al instituto, vi que mis oportunidades iban

Docentes, enfermeras y una periodista reconvertida en chef

De izquierda a derecha, **Bárbara Muñoz García** es la orientadora de Tomillo que atendió a Malak en su peor momento, cuando falleció su padre. **Eliana Cano** fue su tutora de prácticas para obtener el título de Auxiliar de Enfermería. De origen colombiano, Malak se vio reflejada en ella. "Me hizo sentir una trabajadora más". **Manuel López** es un economista reconvertido en profesor ya en la treintena. Dio clase a Malak en la FP de Administración. "Lo académico es importante, y tenemos que ser exigentes, pero el acogimiento es fundamental". **Malak Jaber Lafriakh** y, junto a ella, **Alejandra Vargas Rangel,** que era periodista en Venezuela, pero tuvo que emigrar y reconvertirse en cocinera. Fue un ejemplo para Malak cuando trabajaron juntas en un bar. **Carmen Serrano** y Malak chocaban mucho al principio en el trabajo, cuando ya estaba contratada como auxiliar en la Jiménez Díaz. "Quizá porque nos parecemos mucho". Pronto pasó a convertirse en uno de sus grandes apoyos.

bajando. El nivel educativo era menor, casi nadie tenía aspiraciones de seguir estudiando. Pero yo sí".

A estas alturas, de hecho, José ya se había cruzado con Ana Vázquez, una profesora de Inglés que le propuso, a él y a varios de sus amigos, crear una gaceta escolar para el instituto. Vázquez es una docente con dos décadas de experiencia que aprendió hace mucho tiempo que, en determinados contextos, hay que establecer una relación afectiva con el alumno antes de poder transmitir cualquier contenido; la desconfianza, la inseguridad y las bajas expectativas son las barreras más comunes. "Eran un grupo muy salado, muy alegre, que creaba muy buen ambiente y, como siempre estaban dibujando y escribiendo chistes, se nos ocurrió la idea de que hicieran una gaceta". Eran cinco o seis y todos lo pasaron muy bien editándola, pero a José, además, le dio una vocación y un objetivo.

Con 13 años, José decidió que debía ir a otro instituto si quería llegar a la Universidad. Lo buscó y se cambió

Fue entonces cuando comenzó a pensar que debía cambiar de centro si quería llegar a la Universidad. Buscó, eligió y se lo dijo a sus padres. Estos, aunque alucinados por la determinación de un niño de 13 años, le apoyaron. También Miguel Santiago, que le había incluido un tiempo atrás en Promociona, un programa de la Fundación Secretariado Gitano que ofrece refuerzo y ayuda a los chavales que ven con más posibilidades de progresar en la escuela; el 62,8% de los jóvenes gitanos no consigue el título de enseñanza obligatoria.

José echó la matrícula para empezar tercero de la ESO (14 años) en el instituto Séneca, al otro lado del río. Al llegar, le hicieron unas pruebas de nivel y le quisieron mandar a diversificación, el programa adaptado para los chavales con más dificultades para sacarse la ESO. Pero José se negó. Hasta el punto de que cuando los primeros días del curso decían su nombre para que saliera a dar algunas clases con los de diversificación (otras las daban todos juntos), no se movía de su asiento, asegurando que tenía que ser un error. Y así otro día. Y otro... Al final, le dejaron de llamar a la hora de los desdobles. "Supongo que el trabajo de Miguel ayudó", dice.

Pero entonces había que apretar el paso y los dientes. En el primer trimestre le quedaron esas cinco asignaturas, en el segundo tres y en el tercero, por fin, aprobó todo. Además, en el camino, había viajado por primera vez a Madrid, gracias a otra iniciativa del Secretariado Gitano, la campaña Asómate a tus Sueños. Visitó Televisión Española y Radio Nacional de España. Estaba entusiasmado. Si no tenía antes suficientemente claro lo del periodismo, ahora... "Hacía mucho frío y él era tan pequeño... Le compramos una bufanda y unos guantes", cuenta Santiago. Y añade: "Era chiquitillo, pero bastaba mirarle a los ojos para ver lo fuerte que era por dentro".

Al curso siguiente, en cuarto de la ESO, volvió a viajar, ahora todavía más lejos: se fue de intercambio cuatro semanas a Angers, en Francia, gracias al esfuerzo conjunto del instituto, la fundación y los padres de José, que lo pagaron a escote. Este fue otro gran punto de inflexión para él, académica y vitalmente, no solo por lo que supuso salir de España por vez primera, sino porque estrechó su relación con algunas compañeras, especialmente, con Valle Roda Martínez. "La verdad es que me cayó muy bien y por eso, ya terminado el curso, en verano, lo invité a mi cumpleaños", cuenta ella. No le dio demasiadas vueltas, pero para José aquello fue muy importante: "Era la primera vez que me invitaban a un plan fuera del instituto. Y creo que fue a partir de ese momento cuando empecé a sentir que me conocían de verdad, a ser uno más", explica.

En el bachillerato, además, llegaron las becas 6000 de la Junta de Andalucía, que dan la cantidad de euros que dice su nombre a los hijos de familias con bajos ingresos, para ayudarlos a seguir estudiando y que no tengan que ponerse a trabajar. De hecho, en el caso de José, además de permitirle volver a ir de intercambio, tapó algún que otro agujero puntual en casa. Y, como el muchacho siguió respondiendo, se mantuvieron las becas: un 11,7 de media en Selectividad le abrió, por fin, la puerta de la carrera de Periodismo y Comunicación Audiovisual en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

Malak parecía condenada al fracaso escolar, pero acabó sacándose dos ciclos de FP

Malak Jaber Lafriakh tuvo claro muy pronto que el camino académico del bachillerato y la Universidad no era el suyo. Última de una prole de 12, llegó a España desde Marruecos, a un pueblo de Cuenca, a los tres años. Cuando a los seis, ya en Madrid, comenzó su escolarización, el idioma supuso una gran dificultad. Repitió segundo de primaria. Con todo, sus recuerdos del colegio, en el barrio del Puente de Vallecas, son muy felices. Fue al llegar al instituto cuando los estudios se le hicieron cuesta arriba; no podía con ellos. Y repitió también segundo de la ESO. Decidió que así no quería seguir. Pero una vecina le habló de una fundación que ofrecía unos cursos llamados PCPI con los que los chavales aprendían los rudimentos básicos de un oficio mientras seguían avanzando en las materias básicas. Eso sí, estaba en Orcasitas, a varias paradas de metro y otras pocas de cercanías. Su madre no estaba convencida. Por la lejanía (había perdido un hijo años atrás, enredado en una pelea, y se había vuelto mucho más protectora, sobre todo con las niñas), pero también porque creía que si no lo conseguía donde estaba, tampoco lo haría en un sitio nuevo. Su padre, aunque al igual que su esposa no terminaba de entender bien qué era aquello del PCPI, decidió confiar.

Y acertó. Malak conectó enseguida con compañeros y profesores y acabó pasando del PCPI a un curso de FP de grado medio de Administración. Volvió a repetir el primer año y, cuando apenas había arrancado el segundo intento, su padre enfermó y falleció unos pocos meses después. Llegaron los retrasos, las faltas de asistencia y un ennegrecimiento del carácter que no pasó inadvertido para nadie; ella, que siempre había sido todo alegría y positividad. "Manuel [López] me mandó a hablar con Bárbara y ella me contó que también había repetido cuando era estudiante. Dos veces. Y no pasó nada, allí estaba en el trabajo que quería. Y pensé: si ella ha podido, yo también". Lo mismo que había pensado tantas veces de su padre: si él, que lo había tenido mucho más difícil, que había llegado a España en patera cuando apenas era un adolescente, había conseguido salir adelante —fue albañil, jardinero, pintor, carpintero...—, ella también lo haría.

"Muchas veces, cuando trabajas con adolescentes, es duro, es frustrante, porque parece que no te están escuchando. Por eso fue tan bonito cuando Malak me contó —y me pasó hace poco con otro chaval— que aquello que le dije fue importante para ella", explica Bárbara Muñoz García. Su labor consiste en estar pendiente de todos los problemas externos al aula que pueden estar afectando a los chavales. Ella trabaja desde 2006 en Tomillo, la fundación madrileña de apoyo a jóvenes vulnerables que el año pasado cumplió 40 años. Manuel López trabajó con ellos 15 años y, aunque ya no lo hace, los describe con enorme cariño. "Hacen un trabajo integral. Atienden a chicos y chicas que llegan muy dañados, en situaciones muy complicadas, y se les ofrece apoyo en todos los sentidos: social, psicológico, de proyecto de vida, de orientación laboral y luego, claro, el tema acadé-

mico, que también es muy importante". También insiste en algo muy parecido a lo que señalaba a 400 kilómetros de distancia la profesora de la escuela pública Ana Vázquez sobre el enganche afectivo: "Lo más importante es no juzgar, estos alumnos traen encima una pesadísima mochila de miradas de prejuicio por su origen. No puede ser que se vean derrotados con 17 años", dice este economista reconvertido en profesor ya en la treintena.

Coinciden, también, en que trabajar en entornos vulnerables exige cierto grado de vocación, mucha empatía y sensibilidad, pero no son mártires ni superhéroes, aclaran, sino profesionales, a ser posible bien formados y con buenos recursos, que llegan hasta donde pueden. "Yo salgo de aquí y tengo que desconectar. Si no, no podría seguir trabajando en esto", confiesa Bárbara.

Muchas veces, de hecho, los esfuerzos no tienen los frutos deseados. Por suerte, otras sí. Malak se sacó la FP de Administración y, aunque no llegó a alcanzar los trabajos a los que ella aspiraba, tenía ya la seguridad suficiente como para matricularse en otro ciclo distinto: ahora, de Auxiliar de Enfermería. Una profesión en la que ha sido muy feliz —y eso que le pilló toda la pandemia—, pero que tuvo que dejar con todo el dolor de su corazón por una lesión de espalda.

Y vuelta a empezar. Porque las decisiones no se terminan con los estudios y, con suerte, uno se cruza con más gente que le seguirá ayudando a tomarlas. Malak cuenta que la ha tenido y menciona a Alejandra, la joven periodista venezolana exiliada y reconvertida en cocinera con la que coincidió en su etapa de camarera; a Eliana, la jefa de auxiliares de enfermería que dirigió sus prácticas; a Carmen, la enfermera con la que compartió tantas horas de pandemia... Así, tras algo más de un año y medio como asistente personal de una familia adinerada, Malak lo dejó el mes pasado: "Soy muy joven para dedicarme a algo que requiere un compromiso y una disponibilidad que no dejan hueco para nada más". Su idea es concentrarse durante unos meses en estudiar inglés y seguir su camino en el extranjero: "Estoy pensando en Suiza, Noruega, tal vez Luxemburgo...".

José Santos, de momento, no piensa en marcharse de Madrid. Graduado en Periodismo y Comunicación Audiovisual y, tras varias experiencias más o menos precarias en distintos medios, es en esta ciudad donde ha conseguido un puesto estable en el área de Comunicación de la Fundación Secretariado Gitano. Y en Madrid es donde vive con su pareja, Marcos Martínez Rodríguez. "En la comunidad gitana no hay ni más ni menos homofobia que en cualquier otra parte de la sociedad. Desde luego, en mi familia lo han aceptado sin ningún problema y a Marcos lo quieren como a uno más", dice José. Él reivindica activamente sus raíces, esa familia que siempre le apoyó, pero no siempre supo cómo ayudarle: "A veces les faltaban recursos, precisamente esos recursos que quieren que a ti no te falten". Y por eso reivindica también la importancia que tuvieron en su historia las instituciones y los profesionales que las conforman. "Yo estoy orgulloso de venir del mercado y por eso me he fotografiado aquí, en el puesto de mis abuelos. Pero ellos mismos, igual que siempre han querido que nos sintiéramos orgullosos, también han querido que progresáramos, porque esto es muy duro, el día que no vendes, no cobras...".

"Lo más importante es no juzgar, traen encima una pesadísima mochila de miradas de prejuicio", explica un profesor

Miguel Santiago, el orientador del Secretariado que siguió la progresión de José desde el principio, lleva toda la vida en el activismo en favor del pueblo gitano. Cuenta que, como parte del colectivo que tuvo más oportunidades, que pudo formarse, ha sentido siempre una cierta obligación. Después de posar para nuestra sesión de fotos, un sábado nublado en el mercado de la Fuensanta de Córdoba, cuenta las discusiones que tiene a veces con los jóvenes: "Si yo no te digo que seas una cosa o la otra. Y me parece muy bien que te quieras dedicar al mercado, pero fórmate. Primero, porque te irá mejor con el puesto y, si el día de mañana quieres por lo que sea hacer otra cosa, también te será más fácil. Es así de sencillo". —EPS

De Córdoba a Madrid sobre seis pares de brazos

De izquierda a derecha, **Ana Vázquez** es profesora de Inglés en el instituto San Álvaro de Córdoba. Animó a José a escribir en la gaceta escolar cuando tenía 12 años. **Ana Montoya Segovia** es también gitana y periodista. Fue uno de los referentes que José encontró al llegar a Madrid. Ahora es su jefa en la Fundación Secretariado Gitano. **José Santos** y, detrás, **Miguel Santiago,** que le atendió desde que era un chiquillo con un programa de apoyo escolar del secretariado. Fue clave cuando José se cambió de instituto. **Amparo Ruedas** (de pie) fue su profesora de Latín en ese nuevo instituto. "Lo enseñaba con tanta pasión... Pasé a ser el que sacaba la mejor nota. Eso me dio mucha confianza", dice José. **Rebeca Moreno** es compañera de trabajo. De Jerez, forma junto a Ana Montoya y su novio, Marcos, su "red de apoyo" en Madrid. **Valle Rueda Martínez** fue su gran amiga en el Séneca. Fue la primera compañera que lo invitó a una actividad fuera del instituto: a su cumpleaños.